

Aires *de* memoria

Texto: Juan José Domínguez

Fotografía: Mauricio Builes

¿Cómo recuerdan los argentinos sus años de plomo?

Para nosotros, los hijos de la democracia, hubiera sido imposible concebir la crueldad de la última dictadura sin el trabajo de quienes mantuvieron viva la memoria en la Argentina durante los últimos 38 años. Nosotros no hemos sufrido en carne propia el robo de recién nacidos, ni la represión callejera, la prohibición de actividades político-sindicales y, durante la Guerra de Malvinas, de canciones en inglés. Tampoco, las detenciones ilegales, las persecuciones, las descargas eléctricas con picanas, ni las colillas de cigarrillo encendido apagadas sobre el pecho desnudo, ni los vuelos de la muerte, ni una ingente nomenclatura de vejaciones, canalladas y formas de matar del propio Estado contra sus ciudadanos. Quienes hoy tenemos 32 años o menos no hemos padecido nada de eso. Nos lo han contado.

Yo no viví el terrorismo de Estado. No lo sufrí. Tampoco mis tres hermanas ni quienes con el correr de los años serían mis amigos o mis compañeros del colegio, la facultad y el trabajo. Mis padres, mis tíos y mis abuelos, aunque sí vivieron aquellos años, no sufrieron sus consecuencias más duras, como secuestros, torturas y crímenes. Sin embargo, todos ellos y yo tenemos hoy una noción sobre la dictadura, que es mayoritaria en la sociedad argentina: no la queremos; nunca más.

“Tenemos hoy una noción sobre la dictadura, que es mayoritaria en la sociedad argentina: **no la queremos; nunca más.**”

un trabajo persistente e inquebrantable durante casi cuatro décadas. Tres, porque desde hace once años los responsables de los crímenes contra la humanidad han empezado a ser juzgados por la justicia civil y a ir presos.

Recuerdo cuando tenía 13 años, y estaba en primer año de la escuela secundaria, que los profesores un día juntaron en un aula a mi curso, al segundo y al tercero para pasarnos la película *La noche de los lápices*. Es durísima porque resume la crueldad de una acción represiva y, por ende, del terrorismo de Estado. Esos alumnos, de la ciudad bonaerense de La Plata, como nosotros, reclamaban que el boleto de ómnibus fuera subsidiado para ir al colegio y por eso fueron identificados, secuestrados,



torturados, vejados verbal y físicamente, alojados en pésimas condiciones de higiene, abusados sexualmente por los guardianes y asesinados.

Al terminar de ver la película, un compañero se levantó furioso y, retirándose del aula, dijo: “¿Por qué no muestran también qué hacían estos subversivos?! Ellos también eran asesinos”. Algunas compañeras, indignadas, reaccionaron y lo regañaron mientras se retiraba. Las profesoras no dijeron nada. Otros observamos. La reacción de ese compañero —Patricio se llamaba—, me hizo pensar que podría haber un motivo para tanta crueldad de la dictadura y que este sólo podría ser una crueldad similar. Es

lo que en la Argentina se conoce como la *Teoría de los dos demonios*, según la cual la dictadura no fue tal cosa, sino una guerra entre los “demócratas” —que curiosamente habían tomado el poder por asalto— y la guerrilla marxista.

Existía una guerrilla marxista, sí. Sus métodos eran violentos y que como todos debían ser castigados. Pero con el tiempo comprendí que no existía tal guerra y que no podía compararse la violencia izquierdista con el terrorismo practicado desde el Estado, que con sus servicios de inteligencia, sus recursos económicos y humanos, su despliegue y su armamento, un poder inmensurable, debía proteger a sus ciudadanos y no matarlos, como finalmente lo hizo y sin distinguir banderas políticas. En verdad, no distinguió nada. Arrasó con todo.

La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), un grupo asesor integrado por notables como el escritor Ernesto Sábato, creado por decreto por Raúl Alfonsín tres días después de asumir la Presidencia de la Nación —es decir tres días después de finalizada la dictadura—, recogió miles de testimonios, registró la existencia de 8.961 desaparecidos y permitió detectar 380 centros clandestinos de detención en toda la geografía nacional, de acuerdo con el libro *Nunca más*, presentado en septiembre de 1984.

“Hay una experiencia que se parece a la muerte. Es la prisión. Más que la vida en la cárcel, lo mortuorio es el hecho de ir preso: significa un quiebre radical con la vida”, dice mi amigo Daniel Molina, en un artículo

que escribió para el diario Clarín, en el que relata sus casi diez años en la cárcel. “De todas las torturas que padecí, la que más sufrí fue la privación total del sueño. Entre sesión y sesión de picana y golpes, me tenían parado frente a una pared, con las manos esposadas en la espalda...”, relata Daniel, que hoy conduce un programa de televisión que se llama Buena Vida.

La toma de conciencia de la sociedad argentina sobre la ferocidad de los años de plomo debe ser atribuida, en primer lugar, a las organizaciones defensoras de los derechos humanos, como las Madres de Plaza de Mayo, que realizaron su primera marcha para pedir por sus hijos desaparecidos el 30 de abril de 1977, un año y un mes después del golpe militar; y, en segundo lugar, a los gobiernos de Alfonsín, Néstor Kirchner y Cristina Fernández.



**LA COMISIÓN NACIONAL
SOBRE LA DESAPARICIÓN
DE PERSONAS REGISTRÓ
LA EXISTENCIA DE 8.961
DESAPARECIDOS Y
PERMITIÓ DETECTAR 380
CENTROS CLANDESTINOS.**





Aunque por presión castrense y nuevos alzamientos militares, fue durante el gobierno de Alfonsín cuando la tarea de reconstrucción de la memoria sufrió sus primeras pausas, con la sanción de las leyes de la impunidad, la de Punto Final (1986) y la de Obediencia Debida (1987). Pero es durante la presidencia de Carlos Menem (1989-1999), cuando se intentó enterrar para siempre la memoria, con los indultos a los jerarcas de la dictadura.

En la presidencia de Néstor Kirchner se revirtió completamente la situación de los años 90, con la reapertura de las causas judiciales y la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final por parte del Congreso, tras lo cual los jueces y luego la Corte declararían inconstitucionales los indultos. Sin ese impulso de parte de los organismos de derechos humanos y los gobiernos de Alfonsín y Néstor y Cristina Kirchner a las consignas de memoria, verdad y justicia, sin tener claramente identificado al terrorismo de Estado en nuestras conciencias, yo no podría haber visto *La noche de los lápices* en el colegio, ni haber visitado museos, parques, centros culturales.

A ello se le agrega la identificación de restos óseos de detenidos-desaparecidos tirados a fosas comunes. En paralelo, el hallazgo y la identificación de jóvenes que siendo bebés habían sido apropiados durante esos años y entregados ilegalmente a otras familias, gracias a la labor de la organización Abuelas de Plaza de Mayo. También se cuenta la instauración como feriado del 24 de marzo, Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia. “Me emociona recordar que fui joven y no lo supe. Por el vacío de las horas muertas, la cárcel es una espera eterna. No sucede nada o lo que sucede siempre es malo”, dice Daniel, que fue preso con 20 años y salió en libertad el 3 de diciembre de 1983, a la una de la mañana, con 30 años, dos menos que los que tengo yo ahora.

A menudo voy al Parque de la Memoria. A veces, con amigos. A veces, solo. Es un sitio ubicado en el barrio de Núñez, cerca del aeroparque Jorge Newbery de Buenos Aires, amplio, de cara al Río de la Plata, en el que se cuenta la historia de las últimas cuatro décadas de una forma didáctica y clara, a través de una caminata con carteles de tránsito con dibujos y textos, y en el que hay una serie de obras de arte gigantes dispersadas y un museo interactivo. Voy porque es un espacio público retirado, para huir del microcentro porteño, donde vivo desde hace dos años, cerca del Obelisco, cerca de Plaza de Mayo, cerca de la multitud, las protestas callejeras, la mugre y los bocinazos. Voy porque puedo sentarme en el pasto verde a tomar mate y contemplar el río, respirar aire fresco, que me acaricie el viento, que me dé el sol en la cara sin que lo interrumpa un edificio. Sentirme en paz. Una paz y una libertad de las que, a pesar de la democracia y sus injusticias, hoy puedo gozar gracias a la memoria, un baúl en el que está guardado todo y que debería permanecer abierto siempre, contra quienes lo quieran entornar. 

“Hoy no seríamos un país como el que somos, que se destaca por haberse quitado las amnistías de encima y haber enseñado el valor de la democracia y la libertad en su sentido más puro.”

